

“Estamos hechos de una materia gloriosa”: entrevista con Gabriela Cabezón Cámara sobre *Las niñas del naranjel* (2023)

Ana Fernández del Valle¹

Resumen. Hablamos con Gabriela Cabezón Cámara sobre *Las niñas del naranjel* (2023), su última novela sobre la figura de la Monja Alférez y su relación con el mundo americano.

Palabras clave: Gabriela Cabezón Cámara, *Las niñas del naranjel*, literatura argentina, crónicas de Indias.

[en] “We are made of glorious material”: Interview with Gabriela Cabezón Cámara about *Las niñas del naranjel* (2023)

Abstract. We talk with Gabriela Cabezón Cámara about *Las niñas del naranjel* (2023), her latest novel about the figure of the Nun Ensign and their relationship with the American world.

Keywords: Gabriela Cabezón Cámara, *Las niñas del naranjel*, Argentine Literature, Chronicles of the Indies.

Cómo citar: Fernández del Valle, A. (2024) “Estamos hechos de una materia gloriosa”: entrevista con Gabriela Cabezón Cámara sobre *Las niñas del naranjel* (2023), en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 53, 201-203.

—Ana Fernández del Valle. —Yo había pensado en que en que podíamos centrarnos en *Las niñas del naranjel* (2023), que es tu libro más reciente después de *Las aventuras de la China Iron* (2017), *Romance de la negra rubia* (2014) y *La Virgen Cabeza*, que fue tu debut en 2009. Quizás esta pregunta suene un poco obvia, pero ¿por qué regresar a un personaje del siglo XVII como Catalina de Erauso, la Monja Alférez, en pleno siglo XXI?

—Gabriela Cabezón Cámara. —Mi novela anterior había terminado en la selva y yo quería internarme más en ella y en otras culturas, en otras filosofías que tuvieran que ver con la posibilidad de que siguiera la vida en la Tierra tal y como la conocemos. Occidente ya no tiene nada que ofrecer en ese sentido. Me parece que el siglo XXI, con este proceso de furiosa, bestial y loca concentración de la riqueza que estamos experimentando, ha agudizado, por lo menos en países como el mío, el saqueo y el extractivismo, que es igual al saqueo y al extractivismo colonial. Cuando nuestro gobierno afirma que en Argentina hay litio, no quiere decir que vayamos a ser más ricos, sino más pobres, más enfermos, y que se va a continuar con el genocidio de los pueblos originarios que lograron sobrevivir a la primera Conquista, a toda la Conquista de los Estados latinoamericanos y ahora a estos saqueos nuevos. Todo eso me estaba dando vueltas en la cabeza y de golpe me acordé de Catalina de Erauso, que es un personaje que me había llamado mucho la atención hace unos veinte años, y pensé que a lo mejor ahí había una especie de catalizador.

—A. F. V. —Que funciona muy bien, desde luego. Cuando leí *Las niñas del naranjel*, tal vez por deformación profesional, tuve que comparar la novela con las crónicas de indias, y, particularmente, con el doble movimiento, de debilitamiento del vínculo con la metrópoli y de busca —en el lenguaje, en la dominación, en la escritura— del restablecimiento de ese vínculo. En el libro observo algo parecido en la huida y en la escritura de la carta de Antonio, a su tía, mientras está con las niñas y los animales en la selva: ¿hasta qué punto la escritura de la carta contrarresta el despojamiento? ¿forma parte de este?

¹ Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España.
Correo: anfern21@ucm.es

—G. C. C. —Es una pregunta cuya respuesta depende del lector. Yo te puedo contestar, pero no darte una respuesta taxativa. Yo creo que la carta funciona como una especie de punto en el que Antonio recupera cosas que no se dio cuenta de que había vivido, pequeños gestos de cuidado que recibió, algunos gestos de amor. Puede reflexionar porque, si bien su autobiografía es una cosa plana, acá tiene pliegues en los que verse. Yo diría que es una carta de despedida donde él se encuentra con él mismo y con esa cultura otra que lo hace propio. Fijate que él empieza diciendo que en la selva, que es donde a él más le gusta estar, pierde hasta la condición humana que se considera en Occidente. Antonio empieza diciendo “no solo no soy esa niña, sino que cuando estoy donde yo vivo, a veces tengo tres patas o cuatro, trepo, repto” y que la selva lo forma. Está afirmando que ni siquiera es todo el tiempo humano, lo cual resulta impensable desde el punto de vista de la priora, y casi te diría que para cualquier occidental.

—A. F. V. —Al hilo de esta reflexión sobre la porosidad de los cuerpos y la ausencia de fronteras, que es algo que ya exploras, al menos, en *Las aventuras de la China Iron*, quizás podrías hablar un poco de tu sentido del tiempo y del espacio americanos. ¿Cómo lo definirías en esta novela? ¿También como anacronismo? Me da la impresión de que se las fronteras se difuminan cuando el protagonista ingresa a la naturaleza y que resulta muy difícil determinar cuándo y dónde transcurre cada cosa, y que, además, buscas esa indeterminación.

—G. C. C. —No, estoy hablando de cosas que son en potencia y que podrían volver a ser; de cosas que siguen siendo, de algún modo. La anacronía abre una perspectiva para mi propia subjetividad.

—A. F. V. —Sí, claro, funciona entonces como en la poesía y en las crónicas de Indias, donde el lenguaje del observador —es decir, las categorías del imaginario colectivo europeo— se amoldan a una nueva realidad. Es curioso que el canto se presente en el libro casi como una forma de indagación. ¿Es la música que recorre la historia otra estrategia para percibir lo que no se conoce, aparte de una forma de verbalizar el propio sentir?

—G. C. C. —Si te referís a las canciones que aparecen, son lugares de encuentro posibles entre mundos que no estaban destinados a encontrarse. En las canciones se reúnen por un momento la Virgen María, los niños guaraníes y Antonio en una celda. A veces pasa con la música que te encontrás cantando de repente la misma canción con gente con la que no te sentarías ni a dos metros, y se produce un instante de reconocimiento del otro como ser que vale la pena.

—A. F. V. —Retomando la pregunta anterior, una como lectora tiene la sensación de que, para hablar con libertad de sí mismo, Antonio tiene que recurrir por sistema a la imaginación e, incluso, a una dimensión trascendente. Me parece que este aspecto se observa muy bien en la deformación de las convenciones del tipo de carta en la que aparecían las primeras noticias de las tierras americanas. Si el propósito de un Colón o de un Cortés era informativo y documental, y, por tanto, no dejaba mucho espacio a la imaginación libre, en el caso del protagonista, no solo escribe a su tía, que es priora en un convento, sino que encontramos una redacción con observaciones y aspectos muy poéticos...

—G. C. C. —En todo caso, hay algo relacionado con la exploración de la posibilidad de decir. Si vos vas a relatar una vida más allá de lo que sería una prosa chata, vas a tratar de contar de verdad lo que te pasó y lo que sentiste, y para ello vas a tener que emplear la imaginación. Lo que están haciendo Cortés y Colón es un puro recuento de territorios y oro, derroteros marinos, batallas; no están contando contradicciones, complejidad o reflexión. Son textos distintos con finalidades distintas. Los de los conquistadores son textos de funcionarios del Estado y el de Antonio es el texto de una persona.

—A. F. V. —Abordando ahora la tradición literaria hispánica, me gustaría ahondar en el papel de Cervantes. En la parte en la que el Capitán se encuentra convaleciente y es cuidado por el Gato, el nuevo secretario, leemos que los españoles andan a la busca del oro. Para que los indios confiesen dónde lo tienen escondido, torturan a dos, en vista de lo cual afirman que lo tiene a resguardo el Inca de la Montaña. El Gato lo cree y, a renglón seguido, se vuelve a la tienda del Capitán a seguir leyéndole el *Quijote* (190). La alusión a esa tradición literaria parece alentar una reflexión sobre las fronteras entre la realidad y la ficción. No sé si esta ambigüedad se puede extender al conjunto de las aventuras de Antonio. ¿Tuviste intención de escribir una “metaficción”?

—G. C. C. —De alguna manera, sí, pero eso es una hipótesis que vos como ensayista e investigadora podés desplegar; lo que yo piense no importa. Justamente, un libro es una añadidura a la vida de cada uno y a la producción de cada uno; es una cosa antropofágica. En el texto tenés donde apoyar esa hipótesis en un montón de lugares.

—A. F. V. —No obstante, también me gustaría comentar contigo otra hipótesis, circunscribiéndonos ahora a la configuración del protagonista. Se diría que el rasgo principal de Antonio es su complejidad en varios niveles; lo más llamativo, quizás, es que no se identifica con su sexo. Sin embargo, me parece que no das excesiva relevancia a este hecho, que interpretas como lugar de partida, sino, más bien, a que oscila entre un perfecto asesino y el ideal de caballero andante, entre el rechazo de los indios y el descubrimiento de la belleza americana, entre la impiedad y el fervor religioso. ¿Se podría decir que este vaivén define para ti a la Monja Alférez?

—G. C. C. —Antonio empieza siendo un pedacito de España conquistadora y termina siendo un árbol de la selva americana. En medio hay un proceso, pero, textualmente, tenés razón. Antonio se mueve entre dos extremos, el de un pequeño conquistador que participa de la invasión de la Araucanía y de su ocupación genocida y el de árbol cuidado por dos jaguares guaraníes. Esto ya venía, no obstante, de antes; las nenas ya tenían antes rasgos jaguarescos. Los guaraníes tienen una práctica chamánica llamada “yagareté-aba” que consiste en que el ser humano puede entrar en otro ser; puede ser jaguar, por ejemplo, aunque luego tenga que volver a su cuerpo. La práctica está concebida sobre una perspectiva ontológica que supone que todos los vivos somos humanidad. El antropólogo Eduardo Viveiros de Castro lo explica con el concepto de “perspectivismo amerindio”: el sustrato de humanidad común a lo vivo conlleva otro tipo de negociación entre los seres vivos y una dignidad semejante.

—A. F. V. —En las páginas finales —páginas que son también las últimas de la carta a la priora—, también leemos que los árboles tienen una vida en comunidad invisible y que, debajo de la tierra, sus raíces se sostienen unas a otras, se tocan y conviven. ¿Quisiste plasmar, entonces, una visión holística del mundo?

—G. C. C. —El universo existe más allá del lenguaje, sin lugar a dudas. No creo en ninguna concepción antropocéntrica del universo. Nosotros vamos a desaparecer y la Tierra va a seguir; tampoco somos los únicos que tenemos lenguaje y es evidente que nada sale de la nada. En tus huesos hay polvo de estrellas. Las cosas se van transformando y nosotros, como sociedad humana, necesitamos categorizar para comprender, pero somos parte de la vida de la Tierra. Somos la misma materia que forma todo lo que vive; hay una continuidad. Estamos hechos de una materia gloriosa.

Referencias bibliográficas

Cabezón Cámara, Gabriela (2023). *Las niñas del naranjel*. Buenos Aires: Random House.